

—¡Ah! son ustedes? Pasen, pasen, *mialmas!* ¡qué milagro! ¡Caramba! qué hermosas de grandes están! ¡Ya *cuan-tisimá* que no las miraba esas caritas de rosa! Pasen, pasen.

Entraron todos, inclinándose á causa de la poca altura de la puerta. Ya dentro, Juan Ignacio las ofreció unos bancos de tres patas, y las mujeres comenzaron á hablar de sus asuntos mientras que él, sentado sobre un tronco de fresno, las escuchaba con atención, apoyados los codos en las rodillas, dándole vueltas á su sombrero de paja. La habitación estaba amueblada pobremente; algunos santos adornaban las paredes blanqueadas con cal; una cama de *tarimas* se veía en un rincón, bajo un extravagante altar dedicado á la Virgen de Guadalupe; pequeños *petates* alfombraban el piso desigual, de tierra apretada; una rincónera vieja, pintada de negro, contenía un devocionario amarillento, desencuadrado, algunas estampas y trapos sucios, y una hoja que tenía este título: “La oración del Justo Juez;” sobre un baúl verde, ilustrado con groseras rosas de un rojo abigarrado, descansaba el canasto de la costura, y en otro rincón, veíase un lío de mantas envuelto por una *zalea* negra de borreg. Era todo.

Las muchachas hablaban hasta por los codos, y la viejecita, fumando su arqueado cigarrillo de hoja de maíz, se quejaba de su dolor de cintura y de sus ojos; ya estaba, decía, con un pie en la sepultura y no veía *de á muerte*; su hijo tenía que ensartarle el hilo á la aguja porque ella, á pesar de sus gafas, no miraba de remate y además le temblaban las manos; no podía tampoco barrer: al hacerlo sentía un agudo piquete en los riñones, como si le clavaran una alezna; de modo que el pobre de Juan tenía que atender á todo; allí hacia falta una señora de su casa, que pusiera todo en orden para que su hijo pudiese atender las labores del campo.

Patrocinio se ruberizaba ante las raras miradas de su

futura suegra que la contemplaba con sus ojillos bizcos, rojizos, lacrimosos; y Gertrudis le daba de codo, envidiando en el fondo el porvenir apacible y risueño de su amiga.

Luego la plática se reanudó cuando entraron de lleno en el asunto del matrimonio; todos daban su opinión acerca de lo que se debía hacer; y tras mucho discutir, se fijó por fin el día en que d-b'ase verificar aquel, salvo la opinión del tío Pablo y del señor Cura á quienes consultarían. Quedó pues definitivamente concertada la boda que sería sencilla, sin ruido, á lo pobre, á cencerros tapados. Los novios se dirigían intensas miradas de promesa, dudando todavía de que tan pronto pudieran alcanzar la soñada dicha; parecía es imposible que llegara el gran día de sus nupcias. *Sñá* Ursula decía cómo se hacían aquellas cosas; recordaba su matrimonio y se engolfaba en sus recuerdos, entusiasmándose por grados al recordar sus tiempos de noviazgo, interrumpiendo sus frases con un expectorar continuo y escaso que agolpaba la sangre en su rostro. Gertrudis la escuchaba con arrobamiento; para ella, niña aún, en quien ya comenzaban á despertarse los instintos maternales, aquellas remembranzas la parecían cuentos fantásticos.

—De modo que así queda convenido?—preguntó Juan levantándose.

Su amada asintió con un leve movimiento de cabeza que hizo oscilar sus grandes arracadas de plata. Sin embargo, la parecía que su casamiento sería un sueño; sentía una inexplicable duda, algo así como un presentimiento de que aquello no podría realizarse nunca. ¿Por qué? ¿Acaso ella lo sabía? Y al cavilar sobre este punto, su amor por Juan Ignacio aumentaba por modo extraordinario; ya no era simplemente pasión lo que por él sentía; ahora le miraba con lástima, como si una cosa, un obstáculo, alguien, lo apartara á la fuerza de su lado. No era Carlos el hacen-

dado aquel *algo* tan cruel que se interponía entre la mutua felicidad de ellos, no: era una barrera desconocida, infranqueable, que ella no podía precisar de una manera clara. Todos los que están á punto de realizar un ensueño largo tiempo acariciado, dudan, temen que su ambición sea chasqueada. Patrocinio no ignoraba ésto, pero aun así, lo que ella temía que sucediese, era más fuerte que tan común estado de conciencia.

Su prometido que la vió pensativa y ceñuda intempestivamente, adivinó con esa clarividencia que poseen algunas veces las almas gemelas, lo que pasaba en su razón atribulada; él también sentíase molesto, cobarde ante lo imprevisto. Tuvo sin embargo la fuerza de voluntad suficiente para reprimir sus preocupaciones y aparecer tranquilo; amaba tanto á Patrocinio, que no quería causarla ningún disgusto, sobre todo en aquel día que la había invitado á pasear.

Contra lo que ambos esperaban, (cada uno dentro su pensamiento) la comida fué alegre y bulliciosa; abundaron los platos campestres, el caldo *gordo*, de legumbres, sazonado con *yerbabuena* y perejil, el puchero suave con chile muy picante, el queso fresco, los frijoles refritos con cebo de carnero, adornados con tajadas de chile, rebanadas de cebolla, orégano y queso, sabrosos, que hacían hebras; circuló el pulque dulce; y aquel *jocoquí* que la anciana preparara tan exquisito, y que ofreciera Juan Ignacio con verdadero orgullo, les pareció inmejorable á las invitadas de honor.

La leña verde chisporroteaba y humeaba á más y mejor en el fogón, y entonces ellas quisieron salir á la plazuela para respirar un aire más puro. Ahí, sentadas en redor de la canasta que Juan llevara, pusieronse á platicar confidencialmente, haciéndose candidas travesuras en tanto que *siñá* Ursula les arrojaba los desperdicios de la comida á los

cerdos y á las gallinas que armaban una algarabía atroz disputándose los, correteando por todo el cercado de carrizos secos enclavados en la tierra á guisa de pared. Todo lo que habían prometido decirse desfogando sus impresiones de tantos días, fué amenizado con ruidosas carcajadas que esparcían un consolador aliento de juventud en la huerta boscosa y feraz; y cuando ya hubieron dado buena cuenta de los sazonados frutos, hasta reverter de puro ahitos, fueron á lavarse las manos y bocas al arroyuelo que seguía susurrando dulcemente sus estrofas cristalinas.

Juan Ignacio las ofreció entonces el manojo de flores que tenía preparado, pero Patrocinio insistió en llevar más: ella quería que su amado la hiciera una corona de rosas blancas.

Internáronse pues en los gramales olorosos de donde volaba piando uno que otro *llanero*.

—Per acá, por acá están los rosales.

Floreaban éstos bajo los emparrados en fruto, matizados, apetitosos y rozagantes; materialmente cubiertos de rosas, los arbustillos semejaban túmulos de armíño.

—¡Ah! qué lindos!—exclamaba embeiesada Patrocinio.

Su bella figura de campesina aparecía más hermosa entre aquel follaje florido y espléndido. Las anchas pámpanas, á través de las cuales se colaba uno que otro furtivo rayo de sol, acariciaban sus mejillas irritadas y cubiertas de leve pelusilla como los duraznos; las hierbas húmedas aprisionaban sus tobillos, y la brisa jugueteaba con las blondas de su cabellera.

Juan la admiraba de rodillas, extático, enmudecido como ante una visión divina, y ella reía, reía mostrando sus blancos dientes, tan limpios como los capultos que sus virtuosas manos arrancaban. Gertrudis, un poco lejos, intentaba alcanzar un racimo de manzanas. Entonces Juan Ignacio salió de su contemplación, y recogiendo las rosas

que Patrocinio le iba arrojando en su mandil de cuero, formó una bella guirnalda que colocó unciosamente en la inocente cabeza de su amada.

—¡Ah, *Patrocinia* de mi alma! si hasta parece la Virgen del Patrocinio que tiene el *señor* Cura en su casa!— gritó encantado del aspecto que su novia presentaba.

Y después de darla un ardoroso beso en los labios quemantes, quedóse contemplándola, alabándola como si ella fuera obra suya; y la muchacha se dejaba admirar, concedora de su hermosura, satisfecha de ser querida, con un aire de coquetería ingenua que le sentaba á las mil maravillas.

—¡Ah! qué bueno eres Juanillo!—le decía ella echándole los brazos al cuello.

—Y tú, qué *chula*!

—Deveras me quieres mucho, Juanillo?

—¡*Muncho, muncho!*

—¿Mucho, mucho?

—¿Y tú?

—Yo te amo como á mi vida!

—Yo *muncho* más todavía: te *quero* como á Dios!

—¡Mi Juanillo!.....

—¡Mi *Patrocinia*!.....

Permanecían así, abrazados estrechamente, besándose con delirio entre los rosales, bajo aquel trono de la Naturaleza, cuando resonó un balazo y un pájaro muerto cayó á dos pasos de ellos salpicando con su sangre la corona de rosas blancas de Patrocinio.

—¡Jesús!—gritó ésta temblando y refugiándose en el pecho de Juan.

—¿Qué *jué*?..... Un tiro *croque*.....

—Sí ... sí ... un tiro.

—¡Ah, *¡jio!*—repuso Juan Ignacio bramando de cólera.

Ya sé *quén* ha sido! Por poco te matan.... Esta vez sí no se lo perdono.

Y desprendiéndose de su novia, corrió hacia el vallado sin escuchar los gritos de ésta que intentaba retenerle.

—¡Juan! ¡Juan! por Dios, ¿qué vas á hacer?.... ¡Ven-te! ¡vente!

Pero él ya había salido al encuentro del fátuo Carlos que escopeta en mano había penetrado á los dominios del pacífico hortelano. Y encarándose por vez primera con él, apretados aquellos puños que mancornaban un toro, le dijo lívido de ira:

—Oiga..... *amo* Don Carlos, ¿con qué derecho se viene á meter á mi huerta y tira con riesgo de matar un cristiano?

—Yo?

—¡Sí, *usté!*

—Y tú con qué derecho me hablas con tanta altanería?

—Porque puedo, porque estoy *cansao* de todo lo que su *mercé* me hace.

—¡Bah!—dijo Carlos apartándole. Déjame ir á recoger el pájaro que he matado y no me vengas con tus insolencias, que yo no soporto altiveces de nadie ni menos de un pobre *pelado* como tú.....

—¡Eso sí que no!—replicó Juan Ignacio rechazándole. Aquí no pasa su *mercé* más *pa* adelante, porque en mi casa yo mando. *Usté* será el rey y lo que se le antoje en su hacienda, pero lo *ques* en mi huerta *usté* es un *cualquiera* que viene á meterse como un ladrón. Si cree que nomás porque me *merca* la pastura *pa* las vacas y la verdura *pa* su casa, voy á dejarme que me ponga la pata en el *pescuezo* toda la vida, está *equivocao*. Ponga su huerta y déjeme en paz, que sobra quien me *merque* mis hierbas en la Villa. *Usté* lo que *quere* es robarse mis tierras.... ya lo sé; pero

23

no se le ha de conceder porque Dios protege á los *probes*. A la hora que se le antoja viene y me pisa mis *sembras*, se *justa* mis frutas, echa á pastar su caballada en las labores que tanto trabajo me cuesta sembrar, tira *pa acá* como si estuviera en su casa, y todavía no contento con seguirme todos los males que puede, anda queriendo quitarme á la *Patrocinia* y eso sí que le ha de costar muy caro. Ya no estamos en aquellos tiempos, cuando yo era su esclavo y me pagaba *dos y medio* y ración. *Ora* tengo con qué ir *pasando pa* no ser ya su esclavo. Vaya á robar á los *probes* que se dejen: yo ya soy libre. Eso tenía que refregarle en la cara. Con que . . . sígala *pa fuera* ó lo echo á garrotazos como un perro: ya basta que los ricos manden á los *probes* como si *juéramos* sus bestias!

—¡Ah! ¿de manera es que quieres echarme á mí, á mí? . . . Pues oye; ahora por capricho no me salgo. Y dices bien: te he de quitar á Patrocinio aunque tú rabies; ella me ama y me ha dado besos . . . y aunque no quieras, he de hacer aquí lo que se antoje. Sí, yo soy el rico, soy el fuerte y puedo más que tú. ¿Tú qué eres? Un infeliz ganán muerto de hambre. Echame pues si puedes . . .

—*Pos* mire, no sea hablador, curro . . . tal por cual; *pa* que vea que puede!

Y le empujó irresistiblemente haciéndole retroceder hasta el vallado, pero Juan Ignacio y él se tropezaron en un surco y cayeron forcejeando. Carlos pretendía disparar sobre él; Juan tenía sujeta la escopeta con la mano izquierda, y con la derecha le tenía cogido de la garganta. Caído debajo no podía maniobrar; Carlos llevaba toda la ventaja; revolcábanse en una lucha feroz, jadeantes, levantando nubes de polvo, mordiéndose como fieras, descargando su odio mortal. De un momento á otro podía dispararse el arma y herir á cualquiera. Juan veía aquella *mascada* que tanto le repugnaba y no podía arrancársela, desviando, co-

mo lo hacía ya con ambas manos, la escopeta fatal que cruzó entre sus manos de hierro, á punto de quebrarse. Tirado de espaldas, sintiendo sobre su atlético tórax la aguda rodilla de Carlos, se defendía únicamente á patadas, á mordiscos, intentando soterrarle para obtener todas las ventajas. Un salivazo de éste le cegó momentáneamente y Carlos se aprovechó de tal circunstancia para arrancarle la ya rota arma que Juan había partido como una caña en sus rodillas; y antes de que pudiera levantarse, las muchachas, que se iban acercando dando gritos de miedo, corrieron á despartarles porque ya Carlos le había asestado un puñetazo bañándole en sangre el rostro Cuando el vencido intentó vengarse, ellas se interpusieron sujetándole fuertemente por los brazos, imposibilitándole para continuar el combate, rogándole que no cometiera un crimen. Armado de una enorme piedra, estaba espantoso, imponente como un hombre de las cavernas, con su rostro desfigurado y sangriento.

—No, Juan, por Dios, no lo mates!

Carlos que era cobarde, aprovechó aquel instante para montar en su caballo y alejarse corriendo. Ahora que ya no tenía arma sentía un miedo horrible y temía que libre Juan, le aplastara, le hiciera pedazos.

El ofendido hortelano le gritó con voz amenazadora y ronca:

—¡Ande, curro collón, lo que esta bofetada le ha de costar la vida!

Estaba iracundo y pretendía aún darle alcance, pero las muchachas no le dejaron ir, y todos juntos regresaron á la choza, sudorosos, llenos de tierra, humillados una vez más, turbados hondamente por aquel desagradable incidente que había perturbado de un modo brutal é injusto su apacible idilio.

Ya en ella le narraron todo lo acontecido á la serda an-

ciara que se persignaba á cada momento y le daba agua con azúcar á Juan Ignacio, para que se le *bajara el coraje*. Patrocinio desgarró su *palacate*, hizo una venda que empapada en agua fresca aplicó á la hinchada y amoratada mejilla de su novio, y como ya se iba haciendo de noche le suplicó que las acompañara hasta la orilla del *rancho*, pues temían que el vengativo Carlos atentara contra ellas aprovechando la soledad y obscuridad del camino. La viejecita se oponía, conocía muy bien á su hijo que era capaz de ir á buscar á su ofensor para lavar la afrenta; pero aquel accedió con un acento firme que no admitía réplicas, y ella tuvo que ceder con lágrimas en los ojos.

—¡Sí, Patrocinio, vamos! Y si ese..... *quiere* hacerles algo, ya verá cómo *se voltea el chírrion por el palito!*

Luego, mientras las acongojadas doncellas se despedían de *siñá* Ursula, él murmuró amenazadoramente tocándose la calenturienta mejilla:

—Nos veremos.... ¡uno sobra!

El regreso fué silencioso y triste; ninguno tenía deseos de hablar. Gertrudis caminaba al frente, mirando con temor á ambos lados del sendero, como esperando á cada momento que Carlos saliese de entre la espesura para atacarles, figurándose que á la mejor resonara un tiro y Juan, Patrocinio ó ella, cayeran heridos mortalmente, estremeciéndose al oír cualquier crugido de la hejarasca. Patrocinio sollozaba colgada del brazo de Juan Ignacio que á su vez marchaba abatido, preocupado, ceñudo, tocándose de vez en cuando la hinchazón y enjugándose el inyectado ojo que le lagrimeaba.

—Quítate ese *pañero*, no quiero verlo,—le dijo de pronto á su novia.

Ella se lo quitó del cuello, á pesar del frío que sentía.

Y siguieron andando. Las aves se acurrucaban cabe las ramas, otras aleteaban despertadas en su ligero sueño; las

olas iban á morir á la orilla, cerca de los descomunales troncos cuyas raíces semejaban dorsos de dormidos dragones; se escuchaba su rumor siniestro á través del follaje verdi-negro. La laguna en aquella hora sombría, se adivinaba profunda, plomiza, como una lámina de acero; un buho cantaba lúgubrementemente, posado sobre los tallos espinosos de un *cardenchi*; veíanse relucir sus ojos redondos y espectrales, como macabras estrellas en la tiniebla; los corpulentos álamos susurraban melancólicamente; las ranas emitían su fastidioso borborismo bajo los *tulores*, y un grillo chillaba monótonamente:

—Cri, cri... Cri, cri.

Una que otra lucecilla brillaba allá en el caserío, sobre las colinas que destacaban su silueta en un velo cárdeno y trágico. Densos nubarrones volaban por el cielo anunciando un amanecer lluvioso, impulsados por el norte frío; los muchos de la hacienda, frente á la casa grande cuyas vidrieras se iluminaban rojizamente, habían encendido una hoguera sobre la cual saltaban dando alaridos de júbilo. Sus sombras, agigantadas fantásticamente, recorrían el caserón como diabólicas siluetas; las llamas ondulaban, crepitaban, zumbaban, reflejando su tinte sanguinolento en los troncos de los árboles y en las aguas de la laguna que ahora le parecían á Juan manchadas de sangre.....

—Ya, Juanito, no te molestes más. De aquí nos vamos solitas,—dijo Patrocinio en voz baja y emocionada, tendiéndole la mano.

Juan se la estrechó en silencio, largamente, sintiendo otra vez aquel malestar indefinible que le hacía daño. Ni se acordaron de besarse como otras veces, cuando sonrientes unían sus amorosos labios en el puente.

—*Gueno*, adiós, cuidado con ese.....

—Véte tranquilo.

—¡Adiós, Juan!—balbutió Gertrudis.

—¡Adiós!.....

—¡Véte, mi vida; prométeme que te vas,—le suplicó Patrocinio.

Separáronse.

—¡Oye, Patrocinia!.....

—¿Qué?—preguntó ésta volviéndose ansiosamente.

—No..... ¡nada!..... *Cuela*....

—¡Dios mío!—exclamó la muchacha sollozando y alejándose.

Treparon la cuesta y él las siguió largo rato con la vista, como se mira á los seres queridos que ya no debe uno volver á ver, magnetizado por el brillo intenso de la fogata que chisporroteaba elevando al cielo sus negras espirales. Luego se fué sumido en un estado de atonía invencible á través del cual veía todo confuso, como en sueños. Aquellas figuras de rapazueros que saltaban entre las llamas se empequeñecían ante sus veladas pupilas, giraban vertiginosamente, acercándose á veces para adquirir estupendas dimensiones. Sus gritos resonaban después vagamente; él oía todo sin percibir nada: era un estado raro de inconsciencia el que sentía. Tuvo pues que sentarse sobre el borde liso del abrevadero, para no caer, pues sus piernas, invadidas por súbito temblor se negaban á sostenerle: ésto le causaba más pena. El, tan fuerte, veíase reducido á la impotencia. Se preguntó: “¿Qué hora será?” Inclino su cabeza sobre el pecho, cruzó los brazos, y seguía mirando aquella animada escena nocturna, sugestionado, atraído por ella; sus ojos, reflejando la llamarada, brillaban como los fosforescentes de un tigre, fijos, penetrantes, torvos. Sentía un desaliento atroz, una debilidad insólita, como si estuviera convalesciente. Toda su vida pasó por su memoria fugazmente, desde que era niño y jugaba como aquellos chicos, hasta el malhadado incidente provocado por Carlos. Su temperamento salvaje se rebeló de pronto al recor-

dar este odiado nombre, y le pareció que la escena hacía poco ocurrida, había tenido lugar muchos años antes; había perdido, en aquellos instantes de tenaz desfallecimiento, la noción del tiempo; y volvía á preguntarse: “¿Qué hora será?” Por un movimiento instintivo llevóse la mano á su mejilla y se estremeció, palpitándole el corazón aceleradamente. Había olvidado el móvil que le retenía ahí. ¿Qué era éste? Ninguno. Se había sentado para esperar..... nada. ¿Nada? “Estoy loco”—pensaba. Entonces le extrañó verse allí, sobre el abrevadero, á la orilla del camino, á aquellas horas, entre la sombra de la noche, como un criminal que trama algo terrible. Hizo un esfuerzo mental para averiguar por qué estaba ahí, en aquella situación indecisa, y una oleada de sangre se le subió al rostro. ¡Ah, sí! Su permanencia tenía un objeto. Recordó todas las injurias de Carlos, oyó de nuevo el tiro, el grito de Patrocinio; *vió* caer al pájaro moribundo, salpicando con su inocente sangre la blanca inocente de las rosas que su novia llevaba á la cabeza como digna diadema de alma tan digna; *oyó* resonar dentro de sí mismo sus propios apóstrofes; *escuchó* la voz maldita y pedantesca del otro, sus resoplidos jadeantes y sus insolencias; *se vió* rodar por la gleba como siempre, él debajo, siempre abajo, humillado, mordiendo el polvo, cegado por aquel escupitajo que parecía corroerle el ojo como si le hubiesen arrojado un chorro de quemante vitriolo; el otro, encima, oprimiéndole el pecho con su huesosa rodilla, abofeteándole, venciéndole, siempre arriba; y luego los gritos, el lazo dulce é invencible de los brazos de su amada, lazo que á pesar de su ofuscación no pudo romper por temor de hacerla daño. Recordó también la oportuna huida del cobarde, su risa burlesca que quería aparecer tranquila y valerosa, sus amenazas de deshonor y sobre todo, ¡oh! sobre todo, su repugnante pañuelo rojo que él, Juan, no ha-

bía podido ni siquiera arrancarle como un trofeo de guerra.... "Miserable! lo hubiera yo matao!"—exclamó en su interior. Todavía resonaba en sus oídos el crugido de la escopeta haciéndose pedazos..... Sí, él tenía más fuerza; ¿por qué se había dejado dominar? Las sátiras de aquellos mozos que le burlaban, vinieron también á su memoria que ahora fulgía admirablemente lúcida:— 'Eres un gallina, Juan: el amo te tiene agorzomao...'. ¿Qué dirían ellos cuando supieran la tremenda humillación que acababa de sufrir delante de su amada? Serían capaces de pisarle como á un trapo. ¡Ah! eso no! Esta vez la venganza sería espantosa. Todos verían que él era hombre. ¡Hombre! Esta mágica palabra bastó por sí sola para devolverle todas sus perdidas fuerzas. Lanzó un reoplido ruidoso, un aullido de fiera humillada, rechinó los dientes apretando fuertemente sus maseteros recios y correosos, y aquel movimiento le arrancó un leve grito de dolor al sentir la piel restirada en su hinchado pómulo. Esto lo hizo ponerse en pié de un salto; ahora sentíase frenético, potente, dotado de una fuerza brutal, pronto á avalanzarse sobre el enemigo que pretendía robarle su dicha toda. Una idea sobre todas le ilusionaba el cerebro: "¿Qué habría pensado Patrocinio? ¿Lo juzgaría cobarde?" Tales preguntas aumentaron su energía. Le había parecido que ella le compadecía, y únicamente se compadece á los cobardes; á los valientes no.

El tenía fuerza suficiente para todo. ¿Es'aba apto? Pegó un pufietazo en una rama y ésta se desgajó. Después cogió una piedra bastante grande y la dirigió contra el tronco de un álamo: el proyectil partió zumbando como un abejerro y se incrustó en él. Juan sonrió con satisfacción y echó á andar hacia el rancho, mas á poco se detuvo: todo aquello que acababa de practicar le parecía ridículo y confesóse que era el miedo el único que le impulsaba á com-

ter todas aquellas locuras. Volvió sobre sus pasos, resuelto á olvidarlo todo, á irse á acostar tranquilamente. ¿Tranquilamente? No, no podría; en lo sucesivo ya no habría tranquilidad para su corazón. Miró hacia atrás. Sí; ahí estaba el culpable, el que le robaba su calma, ahí bajo aquella habitación cercana que él podía distinguir, con su fachada rojiza, sus vidrieras tintas en vermellón, que relampagueaban como amenazándole, como participando de la ironía y la maldad de su dueño..... No pudo contenerse y se lanzó de nuevo hacia ella, amenazándola con el puño derecho; pero á poco una fuerza secreta le detuvo y volvió sus espaldas resuelto decididamente á regresar á su huerta donde tal vez su madre le esperaba con ansia. El buho seguía cantando siniestramente.... Juan lo espantó con rabia, pero el ave agorera fué á posarse más allá, en un mezquite cercano. Aquello le preocupó más y más. Sería mejor retirarse, ir á consolar á su pobre madre. A este nombre sagrado se sintió desfallecer de nuevo. ¿Qué haría ella abandonada si él cometía un crimen? ¿Qué haría su adorada Patrocinio? ¿Qué hacer? Su cerebro se ofuscaba, invadido su buen corazón por una inmensa piedad hacia los dos seres más queridos de su alma. No, no, por ellas no iría á cometer una mala acción; debía olvidar la magnitud de la ofensa..... ¿Olvidarla? No podía. Su razón de campesino bardo y libre no podía aún admitir semejante misericordia. Vacilaba horriblemente. Sus músculos le impelían hacia la mansión del orgulloso hacendado; pero algo muy poderoso le retenía clavado en su sitio, como si sus piés hubieran echado hondas raíces. Entonces se le ocurrió orar para que la tentación huyera con la eficacia del rezo. ¿Por qué no? Otras veces, una oportuna oración le salvaba. E intentó recitar las primeras palabras del "Padre Nuestro" que brotaron tor pes-

sin ilación. Entre una y otra surgía la idea que le asediaba, la imagen del ofensor, siempre. Mas si lo perdonaba, comprendería ninguno su sacrificio? Sería pues necesario castigarle. El mismo Carlos no sabría apreciar toda la nobleza de su pasivo silencio; diría que él, Juan, era un gallina, un mandria que se dejaba golpear impunemente, y hasta Patrocinio quizá opinaría lo mismo. Tal idea acabó por decidirle; todo era capaz de aceptar, menos aquel vergonzoso desdén de su ama; hasta le parecía que después de la lucha, ella lo había mirado con lástima, como compadeciéndole. Ciertamente que había sido la primera en no permitir que él se hubiera vengado; pero las mujeres, á juicio de Juan, eran muy marrulleras; pasado su miedo en un conflicto, despreciaban al hombre que se dejaba domar por un rival más poderoso. El no admitía en su ignorancia, que un hombre fuerte y joven, fuera accesible al perdón de una injuria. Su naturaleza viril se indignaba ante los ataques injustificados de la suerte; no aceptaba el obstáculo; poseía el indomable tesón del hombre del campo, impuesto á luchar contra los elementos. ¿Existía una barrera? Se la destruía! ¿De qué modo? A fuerza de puñetazos si era preciso. Así se había educado él, combatiendo cara á cara al Destino. Era la personificación del Trabajo frente al Obstáculo: ¿Cómo había de huir ante éste?..... Aquel hombre se interponía en su camino, le ultrajaba, le hería en lo más sagrado; hasta una vez se había permitido insultar á su madre cuando él estaba ausente y entonces ni siquiera pudo reprocharle su infame conducta. Ya estaban cansado de aquella superioridad, de aquella cruel presión ejercida por la mano de un ser tan tonto como él, pero que se consideraba superior por el dinero. ¿Qué superioridad puede dar el dinero en el corazón? Sí. ¿Qué derechos tenía Carlos sobre él? Por qué se inmiscuía en su pacífica vida? ¿Por qué

pretendía deshonrarle á su prometida? ¿Qué más podía tener Carlos, que él no lo tuviera? ¿Porque era rico? Ya le quitará el orgullo, le *suprimiría*. Ahora había llegado al paroxismo de la cólera y creía tener la fuerza suficiente para vengarse. Sin embargo, una vez suprimido el obstáculo ¿no le odiaría también Patrocinio por haber asesinado á un hombre? ¿Qué porvenir le esperaba? Vivía él tan feliz en su casita, con su anciana madre, en medio de sus árboles queridos, teniendo una bella novia á su lado, trabajando en la santa paz del terruño y bendiciendo á Dios todos los días! Después lo llevarán á la cárcel y todo concluiría: esperanzas, felicidad, paz. Sería un hombre marcado con el vil estigma del crimen. Él que tan honrado y bueno era, que respetaba tanto á sus semejantes. Pensando en esto le acometió otro acceso de rabia. ¿Qué? ¿Iba á destruirle toda su ventura? ¿Y por qué? ¿No había obrado bien toda su vida? ¿Entonces por qué le tentaba el diablo bajo la forma de un ricastro insolente y malévolos que trataba á los pobres como á la más despreciable carroña? ¿Era Dios tan injusto?... Y al razonar así, con su lógica de ser inculto que no profundiza causas, rechazó la idea de olvidar su ofensa y avanzó resuelto hacia la *Casa Grande*. Iba en busca de Carlos, á retarle, á lavar con sangre la grave injuria que éste le hiciera. Ya veía que él, el *peleto*, el plebeyo, el paria, el oprimido, también tenía valor para no dejarse humillar por un cualquiera..... Máximas cristianas, consejos, razonamientos, todo lo olvidó para no satisfacer sino su propia venganza. Ya no era el muchacho bueno que practicaba el amor al prójimo con el más absoluto fanatismo: ahora se despertaba en su corazón la eterna maldad humana, aquella ráfaga de odio que hace del hombre cegado por la ira, un refinado ser nocivo, impetuoso como un huracán, agresivo como una fiera.

Atravesó el vado por el que se deslizaba el agua negruzca de la compuerta y trepó decididamente la cuesta. La hoguera, ya sin combustible, humeaba tristemente ese acre y peculiar olor de la paja quemada. Los niños se habían retirado á sus respectivas chozas; todo el rancho estaba en silencio, arrullado por el eterno clamoreo de la madre laguna que mormuraba quien sabe qué oraciones misteriosas; sólo uno que otro perro aullaba interrumpiendo el mutismo de la noche.

Juan Ignacio se detuvo antes de llamar á la ventana de su enemigo. Volvió á sentir una grande flacidez en sus miembros y le aterrorizó la idea de no poseer fuerzas en el momento supremo. Sin embargo, la débil luz que parpadeaba en la habitación lejana de Patrocinio, le reanimó, y llamó con resolución golpeando los cristales.

—¡Eh! ¿quién es?—preguntó Carlos desde adentro.

El nocturno y siniestro visitante sintió un vuelco en el corazón y huyó despavorido, como si hubiese escuchado la voz imposible de un muerto, arrepentido de la acción que iba á cometer.

La silueta de Carlos apareció en el cuadro de luz de la ventana abierta, y se dejó oír su voz que repetía colérica:

—¿Quién es?

Juan Ignacio, á quien en la violencia de la carrera se le había caído el sombrero rozándole la mejilla herida, se devolvió bruscamente y tocándose la, regresó, se plantó frente á frente de su rival que al verle con aquel aspecto espantable, con su ojo amoratado, la melena alborotada y su rostro desfigurado, se echó instintivamente hacia atrás.

—No tenga miedo el amo,—le dijo Juan en tono zumbón y tranquilo. No vengo á matarlo como los cobardes. Vengo por su *mercé pa* que me acompañe ahí *cerquita*, en el recodo de la alameda, *onde náiden* mire cómo pagan los *probes* las humillaciones de los ricos.....

Su acento era seguro y agresivo, su calma verdaderamente aterradora.

—¿Qué pretendes? no te entiendo,—contestó el amedrentado Carlos.

—Ya se lo dije, no se haga el *suato*; que salga *pa* ver si *ora* me golpea otra vez.

—¡Bah! estás loco! Lárgate: yo no me desafío con *pelados* de tu calaña!—exclamó el hacendado tratando de cerrar la ventana.

Pero Juan que ya esperaba esta respuesta, le escupió el rostro diciéndole:

—¡A ver si así sale *ora*, *joto*!

—¡Ahora verás..... canalla!

Y Carlos, perdiendo su miedo, cogió una pistola que se hallaba colgada de su catre y salió violentamente saltando por la ventana.

—¡Vamos!

Huraños los dos, impelidos por el mismo afán de vengarse, descendieron la colina, brincaron el vado, atravesaron el puente y se internaron entre los añosos álamos que crecían á la orilla de la laguna.

—Aquí estamos en buen punto,—dijo el alevoso Carlos.

Rápidamente amartilló su pistola para disparar sobre el pecho del desarmado Juan Ignacio, pero éste, más listo y prevenido, se la arrebató brutalmente arrojándola á las olas que casi estrellábanse á sus plantas, y cogiéndole con furia por la garganta, le descargó varios puñetazos en la cara. El agredido trataba de librarse de aquella poderosa garra que le apretaba el cuello hasta cortarle el aliento, pero la potente mano del campesino, aquella terrible mano que mancomaba un toro, le oprimía, le asfixiaba. Ninguno de los dos decía nada: únicamente se oían sus respiraciones que silbaban como las serpientes. Sus piés se hundían en el fango, hasta cerca de las rodillas, produciendo

un sordo *lló, lló*, cada vez que los sacaban para ir retrocediendo hasta la orilla del agua. Carlos, con el rostro cárdeno, congestionado horriblemente, era empujado por el ímpetu irresistible de Juan Ignacio que logró por fin hacerle caer de espaldas á la laguna cuyas ondas chapotearon y cerráronse tragando aquellos dos cuerpos retorcidos por la ira, enlazados uno al otro con desesperación y rabia, como la acosada serpiente al tronco de una encina, como el pecado á la conciencia del hombre..... Y ahí, en la trágica tiniebla de las aguas cenagosas, en el fondo pegajoso y traidor, removido por los convulsos movimientos de aquellos dos hombres ebrios de odio, continuó la tremenda lucha, rápida, mortal, terrible como la de dos monstruos submarinos, sin que Juan soltara el cuello de su víctima, apretándolo como la tenaza al hierro, hundiéndole en el lodo negruzco y hediondo, empostrándolo entre las lianas y hierbas acuáticas, pataleándole hasta que dejó de moverse, hasta que yació exangüe, suelto, flojo como una hilacha.....

Ya era tiempo: Juan ascendió á la superficie ahogándose, faltó de aire y de fuerza, aspirando ruidosamente, sintiendo todavía en su pié la mano engarabitada del muerto, aquella *mano desesperada y convulsa* que parecía atraerle aún hacia el fondo de aquellas aguas turbias y frías.

Espantado de su obra ganó la orilla donde ya flotaba el roto pañuelo que su rival llevaba al cuello; lo recogió maquinalmente, y sin mirar atrás, se dirigió corriendo á la casa de Patrocinio. Las aguas se aquietaron, los círculos se fueron reconcentrando, y otra vez las mansas olas siguieron cantando impasibles su monótona salmodia....

* * *

— ¡Dios mío, Juan! ¡Qué has hecho!...

—Tómala; es la mascada de él. Te la regalo.... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!... ¡ja!....

Y se internó en el breñoso monte, riéndose.....riéndose como un idiota.

Entretanto, el mismo buho siguió cantando lúgubrememente, posado sobre los tallos espinosos de un *cardenchi*: veíanse relucir sus ojos redondos y espectrales, como macabras estrellas en la tiniebla, como las ceñudas pupilas del Mal.

MYRTHO

"Mientras haya pobres no podremos proclamar la victoria del optimismo."
